

Algunas notas sobre literatura y vejez¹

Adriana Mancini (UBA)

La literatura, se ha dicho, se apropia de otras disciplinas; hace girar saberes y, sin “fetichizar” ninguno, se afana en representar aquello que se ha dado en llamar “lo real”, aún a sabiendas de que lo real es irrepresentable. Es su deseo, su función utópica. Ofrece, además, la posibilidad de observar desde una perspectiva amplia y marca distancia. Estas condiciones de la literatura son valiosas para abordar temas como el de la vejez y el de la muerte cuya peculiar condición es no poder caracterizarlos en su exacta dimensión.

Simone de Beauvoir en su estudio sobre la vejez cita a Sartre, quien en *El ser y la nada*, afirma que la vejez es un más allá de la vida del que no se puede tener experiencia interior plena. El envejecimiento y la muerte, que entran en la regla de la naturaleza, serían así preocupación ajena. Viejos son siempre “los otros”; pero cuando el sujeto toma conciencia de su finitud, sobreviene la angustia. Vladimir Jankeletvich, estudioso de la muerte, escribe:

“Esta angustia nace del choque entre un devenir que podría ser eterno para aquel que lo vive, pero que deja de serlo cuando mira hacia fuera,

¹ Estas notas son parte de un libro en preparación sobre la representación de la vejez y la muerte. A Enrique Foffani, a Sylvia Iparraguirre, a colegas, compañeras y compañeros de las Jornadas Katatay en Vaquerías 2012, mi más cálido agradecimiento por los datos, citas, comentarios, bibliografía que sobre el tema me aportaron con entusiasmo y solidaridad.

cuando se inclina sobre él, como no puede no hacerlo, sobre todo cuando comete la tontería de escribir sus memorias....”

La dificultad de establecer características generales válidas para las múltiples manifestaciones de la vejez es evidente en una definición que ofrece Beauvoir, quien desafiando los efectos de la tautología y ante la imposible de encerrar la pluralidad de experiencias de la vejez en un concepto, dice:

“La vejez es lo que les ocurre a las personas que se vuelven viejas”.

Hay otros intentos de caracterizar la vejez; por ejemplo focalizando ciertas actitudes, costumbres o alguna sensación. El personaje principal de la serie española Cuéntame (2001), Antonio Alcántara, interpretado por Imanol Arias, advierte a su hijo: “Un hombre se vuelve mayor cuando empieza a mirar donde pisa”.

Jorge Luis Borges, en “Dos formas de insomnio”, un poema de La cifra, hace una analogía entre la vejez y el insomnio: “¿Que es la longevidad?”, se pregunta en uno de sus versos. Para contestar en otros: “Es el horror de ser un cuerpo humano cuyas facultades declinan, es un insomnio que se mide por décadas.”

El personaje de Beckett, Krapp, de la obra “La última cinta de Krapp” escucha grabaciones que él ha registrado 30 años antes. Allí están como testigos de juventud todos los placeres de una época lejana. La finalidad del registro habría sido recordarlos algún día futuro. Ya viejo, cuando Krapp los escucha, dice: “Todo eso eseste montón de mierda ...”.

Así, entonces, porque es difícil saber qué es la vejez, cómo se manifiesta o cuándo comienza, es tentador sumergirse en la literatura y ensayar sus circunstancias. Se podría pensar, parafraseando a Barthes, que, “como la historia”, la vejez es histórica porque sólo se constituye si se la mira; y para mirarla, es necesario estar excluido de ella.

Por su parte, estudiar la vejez y la muerte, que es su forma más acabada, contrarresta la tendencia que predomina en las sociedades modernas de ignorar a sus viejos, de apartarlos junto con la muerte, del ámbito familiar.

La censura social para la muerte y la vejez queda de manifiesto en la manera en la que se habla de ella. Barthes observa que todo el tiempo se habla de manera “turbulenta”; no se habla existencialmente de la vejez, sino institucionalmente. La

referencia a la vejez se da en términos tales como “tercera edad”, “retirado”, “jubilado”. La sociedad no se atreve a nombrar la muerte, ni hay contraparte simbólica de la vejez. No le reconoce ningún valor, sabiduría ni experiencia. No hay beneficio moral para los ancianos. Las casas burguesas están vacías de muerte, alerta Benjamín en su ensayo sobre Leskov, “El narrador”, y el resultado es el deterioro de la relación con la experiencia y, por consiguiente, con el arte de narrar. Se le ha quitado la escena a la muerte y se la ha dejado desnuda, concluye Nelly Schnaith en La muerte sin escena.

Borges cuenta en su autobiografía una escena familiar ejemplar. Su abuela muy grave yace en su lecho de muerte toda la familia está conmovida. La abuela interviene: “Porqué tanto alboroto....No soy más que una vieja muriéndose.....” La imagen tiene dos dimensiones; por un lado la sabiduría de la abuela que inserta su muerte en la coordenada natural biológica; pero también, sus familiares, con su tristeza y su lamento, ponen en escena -o mejor- en relato esa muerte de un ser querido. Tal vez porque, como ya indicara Isak Dinesen, no hay pena que no pueda soportarse si se la transforma en un relato.

El sociólogo inglés Geoffrey Gorer, aporta un matiz sugerente al cúmulo de observaciones sobre el tema. Él sostiene que en el siglo XX, la vejez y la muerte son el tabú social que reemplazó al tabú del sexo cuando éste dejó de serlo. Se censura la muerte como antes se censuraba el sexo. Antes, se les decía a los niños que nacían de un repollo o que los traía la cigüeña y ahora se les dice que los que mueren van al cielo; están en una estrella.

Otra de las circunstancias de la vejez que me interesa desentrañar, es el motivo por el cual, a pesar de lo cruenta y desdichada que puede ser la vejez - Michelet ha escrito.....“La vejez ese largo suplicio” y Silvina Ocampo en su relato

“Carta confidenciales” hace confesar ...que : “Envejecer es cruzar un mar de humillaciones día tras día”- los viejos parecieran adaptarse a esa humillación que, además, los conduce inexorablemente a la muerte.

Sartre en “Autorretrato a los setenta años” detalla sus males: dolor de piernas, problemas de presión, delirio esporádico, hemorragia ocular, pérdida de la visión, deterioro de la memoria; y confiesa -“Mi oficio de escritor está completamente destruido. Sin embargo, todavía puedo hablar. (...)

Fui y ya no soy. Pero debería estar muy abatido y, por alguna razón que ignoro, me siento bastante bien.” Sartre acepta reconocerse en su alteridad subrayando la ambigüedad de su situación. Casi una aporía. Además, en ese mismo reportaje reniega de los viejos “No me gusta la gente de mi edad, son unos jodidos”.

Frecuentar gente más joven es también una de las formas de zanjar los estragos de la edad para Cicerón, quien escribe De Senectute en el 44 a de C, cuando contaba 62 años - edad avanzada para la época. La condición de ser viejo es resultado de una serie compleja de factores biológicos y sociales. En la actualidad, biológicamente, se considera que se es viejo cuando se alcanza el umbral de los ochenta años.

La obra de Cicerón: es un diálogo que tiene como interlocutor a Escipión. Y si bien destaca las bondades que podrían encontrarse en la edad madura, Cicerón inicia sus reflexiones marcando su temor por “la edad provecta”:

El segundo párrafo del Diálogo, dice así : “Me propongo en efecto hacer que nos resulte más ligero este peso que llevamos en común, el de una vejez que, o nos abrumba, o al menos amenaza con llegar; si bien yo sé de cierto que tú la soportas y la continuarás soportando con la serenidad y sabiduría [.....] ciertamente

para mí la composición de este libro ha resultado tan grata tarea, que no sólo ha hecho desaparecer todo lo que de gravosa tiene la vejez, sino que me ha hecho considerarla incluso cosa suave y grata.”

Cicerón se encarga de demostrar a lo largo de sus intervenciones y con extrema rigurosidad que los cuatro puntos capitales que harían de la vejez un suplicio pueden hasta llegar a ser motivo de gozo. Partiendo de la idea de que “el motivo de todas las quejas hay que buscarlo en el carácter y no en la edad” y que “las armas contra la vejez son la afición a las letras y la práctica de la virtud”, Cicerón encuentra alternativas -hoy decididamente nada convincentes- para superar la debilidad corporal, la reducción de la actividad, la privación de los placeres y la cercanía de la muerte. Entonces, será la prudencia la que prive en lugar de la temeridad y la memoria sabrá encontrar la manera de discernir qué es lo que realmente vale el esfuerzo de recordar, y además el afán de aprender borrará las debilidades y pesares.

Sin embargo, en una lectura atenta, queda en evidencia que Cicerón se esfuerza por encontrar sosiego para atravesar la vejez. No hay en sus palabras una exaltación genuina de la vejez sino un intento de mitigarla a través de la escritura.

Franco Rella sostiene que Cicerón parece hablar de otra cosa y no de la vejez y Norberto Bobbio parafrasea a Erasmo al decir: “Quien alaba la vejez no le vio la cara”.

Cuenta el mito que la vejez, sale de la cajita que abre Pandora, junto con todos los males destinados a castigar a los mortales. Pero de la cajita también sale la esperanza que es engañosa y que con sus mentiras los disuade de cometer un suicidio colectivo. A partir del mito, surgiría la pregunta: ¿Qué mentiras o qué

ilusiones sostienen a los viejos si en la vejez la única espera es la espera de la muerte?

En su estudio sobre la representación de los cuerpos, Rella señala que la vejez es el límite extremo de la condición humana. Es la condición humana en su estado más auténtico. Es un punto en que la vida se desnuda y descubre el otro lado, el lado de la muerte. Y la muerte no está en el horizonte de una lógica del poder. Que es la lógica dominante en la sociedad actual. Por eso los viejos son indeseables en la sociedad. El viejo está tan cargado de vida que en él sólo queda su esencia. Y esa vida esencial no encuentra asilo en un mundo que se mueve en torno al poder. El viejo no puede nada; no puede con su cuerpo, con su sexo, con sus fluidos, ni con su detritus. El viejo no puede ni tiene nada.

Ganado por la resignación y la melancolía, el viejo se presenta como un vencido; es un símbolo de la muerte. Esta afirmación puede rebatirse. Hay deseo en la vejez. La película *Japón* (2002) de Carlos Reygadas da cuenta de estas circunstancias en una escena mínima de uno de sus personajes. Beckett en una entrevista que se le realizara en 1968 expresa la condición con claridad: “El ser que no deja de arder mientras el cuerpo huye”

Tal vez por eso, dijimos, los viejos resisten. Al envejecer se pacta con la muerte. Hay un compromiso -que Amery llama “insano”- con la muerte en el que se establece un equilibrio precario “de miedo y esperanza, de rebelión y resignación, de rechazo y afirmación” a partir del cual se intenta neutralizar o postergar ese Gran Momento.

Cuenta Victoria Ocampo en su Autobiografía que uno de los diálogos nocturnos que unía los respectivos cuartos de sus abuelos era el siguiente:

“-¡Angélica! No puedo dormir.

- Hay que tener paciencia Manuel. Ya estamos muy viejos. El insomnio es cosa de viejos.

-¡Entonces me joderé, carajo!”.

Envejecer es irritante. Es una edad de cambios vertiginosos, pero a su vez en la vejez habría también algo que se dirime entre la serenidad y el misterio.

Los ejemplos son muchos y con variantes

Un diálogo entre dos personajes de Primaveras, una obra de teatro de Aida Bortnik — refiere a este estado de transición. Una pareja; la mujer dice a su marido:

“.....Estamos en una edad rara, Bernardo: todavía no somos viejos, pero ya no somos jóvenes....Es un tiempo.... peligroso....Como si se encendieran más luces....y uno pudiera ver más, mucho más...pero desconfiara de lo que ve...Me parece que puede ser maravilloso...Pero también me da mucho miedo...”

Cuando cumplió 87 años, Ingmar Bergman describe:

“Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista más amplia y serena”.

Sin embargo, y abonando la idea de la pluralidad de efectos y caracterizaciones dables en la vejez, la escritora Nadine Gordimer tiene otra percepción sobre la vejez; su vejez. Confesó en un reportaje: “He oído contar ese mito encantador de que la vejez es una especie de bella meseta de calma y aceptación del mundo, llena de sabiduría. Pues bien, no hay sabiduría en la vejez. Siguen los viejos cuestionamientos de mí misma y de los demás, como cuando tenía 15. La paz de la vejez, me temo, a mí no me ha llegado.”

Así, la vejez se presenta bajo disfraces diferentes; puede reconocerse en un personaje literario; en uno mismo dibujado con las señas de un anciano o, incluso, en una imagen, producto de la imaginación. Sobre esta idea en particular, Elías Canetti rescata un plus de vida para la vejez que se traduce en concebir la propia vida como una ilusión que resulta de transitar el límite entre la vida y la muerte. Por eso se revela como ilusión o pesadilla de la que no se sale despertándose, sino acomodándose a una especie de percepción anticipada de la muerte. Algunos de los últimos relatos de Bioy Casares dan muestra acabada de este estado.

‘Hay algo certero, sin embargo, indudable. Ya instalada la vejez, el cuerpo se va desvaneciendo, deja de mediar con el mundo - “oscura forma de su cuerpo yéndose” reza un verso de uno de los poemas de Fogwill de su libro Últimos movimientos.

Miguel Angel Buonarroti, en uno de sus últimos poemas en prosa deja un lamento desgarrador. Dicen algunas de sus líneas:

“La llama del amor se ha extinguido, mi alma está ajada. Soy una alforja llena de huesos y tendones y tengo piedras en el vientre. Mis ojos están opacos y enfermos. Mis dientes se mueven cuando hablo. Mi cara es la imagen del espanto.... El arte tan celebrado cuyos secretos conocía me ha conducido a este extremo. Viejo pobre dependiente de otros, me descompondré si no muero pronto.”

“Mueca. Mueca. Mueca. Soy esa mueca. El propio cuerpo. El cuerpo unido. Cansa. Siento miedo de pensar en mi propio cuerpo.Cierro otra vez los ojos y pido que mi rostro y mi cuerpo me sea devueltos” , exige el yo de Artemio Cruz, personaje de Carlos Fuentes

Los avezados personajes de Memento Mori, la novela de Muriel Spark dan cuenta de estos avatares:

“¡Qué irritante es comenzar a envejecer ¡ ¡Cuánto mejor es ser viejo!”

Y en otro momento de la novela, encontramos:

“Tener más de 60 años es como estar en una guerra. Todos nuestros amigos están desapareciendo o ya murieron, y nosotros sobrevivimos entre los muertos y los moribundos, como si estuviéramos en un campo de batalla”

Una postura alentadora sobre la vejez propone Rilke en Los cuadernos de Malte Laurids Brigge . Rilke escribe esta obra a los 29 años y su personaje, Brigge, que cuenta con 28, tiene una imagen idílica sobre la vejez que construye desde su ser joven y con una mirada plena de admiración:“Se viaja a través del mundo con una maleta y un cajón de libros y verdaderamente sin curiosidad alguna. ¿Qué es en resumen esta vida? Sin casa, sin objetos heredados, sin perros. ¡Si al menos uno tuviera recuerdos! ¿Pero quien los tiene? Si la infancia estuviera aquí: ella está como enterrada. Acaso sea necesario llegar a viejo para alcanzarlo todo. Pienso que debe ser bueno eso de llegar a viejo.....”

Rilke diseña una relación entre espacio, tiempo y vejez. Ser joven significa lanzar el cuerpo en el tiempo, que no es tiempo sino vida, mundo, espacio.

Los jóvenes tienen el mundo por delante, establece un lugar común cargado de saber popular.

En cambio, dijimos, ser viejo o percibir que se envejece significa poseer el tiempo en el cuerpo y en eso que concisamente se puede denominar alma o esencia.

Barthes sostiene que se está enfermo de vejez como se está enfermo de amor.

Ambos, la vejez y el amor, son un cuerpo extraño, molesto, doloroso que se incrusta en el cuerpo y con el que se establece una relación mágica.

Esta relación puede pensarse en algunos cuentos de Antonio Di Benedetto, cuyos personajes son jóvenes, pero dan sensación de ser viejos. Como ejemplo en el cuento "No", su personaje, es un joven que padece los estragos de un amor imposible y tiene las mismas actitudes que manifiestan los viejos.

Pero ¿cuándo se es viejo, cuándo llega la vejez? o al revés ¿cuándo se deja de ser joven?

Bobbio, por su parte, afirma que el peso del tiempo se va distribuyendo de manera imperceptible con el tiempo. Y Saint John Perse reprocha: "Vejez mentais,.... el tiempo que el año mide no es medida de nuestros días". "Nadie es tan viejo, consuela Séneca, que no pueda esperar un día más. Y un día es un peldaño de vida." Aunque cada peldaño o cada aplazamiento sea una suerte de gracia o una ilusión que no deja de subrayar el destino final.

La edad a partir de la cual se entra en la vejez está condicionada socialmente. Hay una escena de la literatura argentina que es epifánica. Es de un breve texto del Vizconde de Lascano Tegui, "Mis queridas se murieron".

"Mis queridas se murieron" se presenta como un libro de Memorias que fueron escritas a partir del instante en que esa primera persona narrativa muy cercana al autor, siente que está viejo. ¿Cuándo y cómo siente que está viejo?

Una de sus queridas -la última- de quien vagamente el narrador recuerda el nombre, -Marta-, se lo evidencia con un gesto adorable.

La escena se introduce con un diálogo entre los amantes:

“-Al irte ayer, no te diste vuelta a saludarme. Te vi perderte en la calle y al llegar a la esquina, doblaste, sin hacerme una seña. Yo me había quedado en la puerta de calle...

-No dices la verdad, repuso Marta – Te dije adiós varias veces con la mano, en el momento de doblar la esquina.

Al día siguiente, le repetí la escena:

-Ayer tampoco tuviste la bondad de hacer un gesto. Vi alejarse tu coche, y tú no cambiaste de postura. Vi tu nuca, tu sombrero en alto. No moviste el cuerpo. ¿Por qué no diste vuelta la cara?...Eres una Madame Bovary que olvida...

Mi amiga meneó la cabeza, sonrió como las rubias sonríen entre los celajes rosas del crepúsculo.

Hoy mi amiga se despidió afectuosamente ¿Quería reparar la falta de los días anteriores? No lo sé. Pero vi que no reparaba el olvido y que éste era un pliego cotidiano. No daba vuelta la cara. Nada se movía en la sombra oscura del automóvil.

Estaba en lo cierto, por mis suposiciones. Marta se entretenía conmigo. Pasaba horas amables junto a mí, y eso era todo. Pero no me quería. De pronto algo raro surgió por la portezuela. Me imaginé que echaban un paquete fuera. Pero no. A la luz de los faroles, vi la mano de Marta. Era su mano bien enguantada de blanco. Afectuosa y tierna mano de mi amiga compasiva. Sí, se había comprado un par de guantes blancos para que pudiera seguir su rastro a lo lejos y no se me escaparan sus señas...Había tenido una idea encantadora¿Su bondad pudo prever el daño? No lo creo. Aquí comienza este libro de memorias. Hoy que me

siento viejo. Hoy cuando necesito que mis amigas se pongan un guante blanco para comprender que me dicen adiós a la distancia corrigiendo con la luminosidad de su mano la fatiga de mis ojos, que como van perdiendo el azogue, tienen una sonrisa de esfuerzo atenuada, que los hace más seductores.

Esa mano, enguantada de blanco, lleva el anillo en el entierro del solterón empedernido. Yo dedico este libro a ese guante blanco, pasado de moda, como mi amor y como mi persona. ”

Es interesante notar el uso de la expresión “pasado de moda” para manifestar la sensación de estar fuera de lugar, de no entender ni compartir los códigos vigentes. El viejo es un “pasado” ... en la “moda”.

En este punto el texto expresa la idea de que “La resistencia del que envejece no se limita a manifestaciones culturales que le exigen un esfuerzo intelectual, sino que se extiende a procesos secundarios como lo son los de la moda en el vestir, por ejemplo, o, también, en la forma del amar.

Además, la cita delimita con precisión el punto a partir del cual el ser humano sabe que ya no es más lo que es; el momento en que empieza a ser y no ser ese yo. Parafraseando a Goethe: “La edad se apodera de nosotros por sorpresa”.

Pero ese instante siempre está pautado por la mirada de los otros, una mirada social que con el tiempo llega hasta a aniquilar al que envejece.

“La mirada de los otros, afirma Amery, atraviesa al viejo como si fuera de una materia transparente, y lo convierte en nada”.

De pronto, el hombre reconoce que el mundo no está dispuesto a considerarlo como el que podría ser. No le da opciones para el futuro. Y a partir del instante en el que el otro señala que uno está viejo, comienza la tarea de aprender a envejecer, que es una experiencia estrictamente personal.

El personaje periodista del cuento de Onetti; “Historia del caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Lilibut” recupera la experiencia: “Era un verano húmedo y yo estaba por entonces al borde de la salvación, próximo a aceptar que había empezado la vejez, pero todavía no....Yo esperaba la vejez, y Guiñazú esperaba la riquezaPor aquel tiempo yo miraba y oía más a Lanza que a Guiñazú, trataba de aprender a envejecer. Pero no servía: ésa y dos cosas más no pueden ser tomadas de otro”

Convertir la experiencia pasada en relato es una de las estrategias de sobrellevar esa “vida extra” o plus de vida que define Canetti, porque los relatos de los viejos componen un pasado de referencia dudosa. Así, tal como una creación literaria, los viejos terminan dando al mundo la forma de sus palabras. Quizás porque quieren ajustar cuentas con la vida o para remedar la vida; a modo de venganza. O tal vez, simplemente, porque en los relatos el tiempo se condensa y se superponen -como un palimpsesto- todas las etapas de la vida.

En la vejez, comentó alguna vez Héctor Tizón citando a una vieja, “todo se destiñe, hasta tal punto de confundirse los colores”.

Lola, el personaje de la tira homónima de historietas norteamericana de Dickenson y Clark, es una anciana irreverente que tiene una amiga, Sally, con quien comparte avatares de la vejez. Cierta vez, Sally se queja por sus dolores y malestares. Molesta Lola, la interrumpe y decidida le dice:

“Sally: la vejez no es para flojos”

Finalmente, podríamos preguntarnos ¿Qué sería de la vejez si no existiera la muerte?

La respuesta la da Swift en Los viajes de Gulliver . En el capítulo diez, “Viaje a Laputa”, se describe a los ciudadanos inmortales de Luggnagg. Seres que están

condenados a la vida eterna. Pero en el transcurso de esa vida eterna se van transformando en sujetos despreciables por su obstinación, su malhumor, su mezquindad, su aspereza, su vanidad, su envidia a los jóvenes y también a los mortales porque éstos conseguirían, una morada definitiva en la muerte. Y pasado un tiempo ya ni siquiera pueden comunicarse con las generaciones venideras. Lentamente se los va confinando al aislamiento: “se encuentran sometidos al enorme inconveniente de vivir como extranjeros en su propio país”.

Norah Lange confesó que se había pasado la vida, -“en serio y en broma”- hablando de la muerte y que le parecía una gran aventura, por eso la dejaba para el final, como un postre....Y Tomatis, el memorable personaje saereano, en una de las tantas charlas con los amigos, sentencia: “para darse el lujo de morir hay que seguir viviendo”.

Adriana Mancini

F.F. y L. - UBA

Bibliografía

Alba, Víctor; Historia social de la vejez, Barcelona, Laertes, 1992.

Amery, Jean, Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria. Valencia, Pre-textos, 1999.

- Revuelta y resignación. Acerca del envejecer, Valencia, Pre-textos, 2001.

Ariès, Philippe; Morir en Occidente, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2000.

Barthes, Roland; “Chateaubriant. Vida de Rancé”, El grado cero de la escritura, seguido de Nuevos ensayos críticos, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

-“Noches de París” , Incidentes, Barcelona, Anagrama, 1987.

-La cámara lúcida, Buenos Aires, Paidós, 1989.

-Lo neutro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Benn, Gottfried; "Envejecer problema para artistas", Ensayos escogidos, Buenos Aires, Alfa, 1977.

Bergman, Ingmar; Linterna mágica, Barcelona, Tusquets, 2001.

Bobbio, Norberto; De senectute, Madrid, Taurus, 1997.

Cicerón; Diálogo sobre la vejez, Madrid, Gredos, s/f.

de Beauvoir, Simone; Una muerte muy dulce, Buenos Aires, Sudamericana, 1966

-La vejez, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

-La ceremonia del adiós, Buenos Aires. Sudamericana, 1983.

de Rosnay, Joël y otros, Una vida extra, Barcelona, Anagrama, 2006

Gors, André; "Le vieillissement", en Les temps Modernes nrs. 187 y 188 (tr. Elena Donato en mimeo)

Iacub, Ricardo, Erótica y vejez, Buenos Aires, Paidós, 2006.

Jankélévich, Vladimir; Pensar la muerte, México, FCE, 2004.

-La muerte, Valencia, Pre-textos, 2002.

Rella, Franco; En los confines del cuerpo, Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

Sartre, Jean Paul; "Autorretrato a los setenta años", Situación X, Buenos Aires, Losada, 1977.

-Las palabras, Buenos Aires, Losada, 2005.

Schnaith, Nelly, La muerte sin escena, Buenos Aires, Leviatán, 1997

Séneca, Lucio; "Sobre la vejez", Cartas Morales, México, UNAM, 1951.

- "De la brevedad de la vida", Tratados filosóficos, Buenos Aires, Emecé, s/f.